

EN LA MEDIDA DE LO POSIBLE...

Alfredo Joignant

Es con esta frase, casi silábica, que Patricio Aylwin será recordado. Y será injusto, porque la frase es y será ambigua. Siempre.

Es sobre justicia ante las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura de Pinochet que nos habla esta frase. Hay algo cruel en ella: ¿es aceptable que el reclamo de justicia por parte de los familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos sea remitido a un espacio de lo posible en donde, en un contexto de asimetría radical, son poderes fácticos quienes determinan su contenido y sus límites? Evidentemente no, y es una crueldad criticar, desde el margen de la experiencia de la pérdida de un ser querido, la imposible falta de contención de sus familiares y deudos. Lorena Pizarro tiene razón en criticar la frase y, junto a ella, una política: no por errores u omisiones, sino por la dramática distancia entre la posición del gobernante y la condición de víctima desde la que no es posible perdonar. Es esa distancia la que hay que entender y, si la razón lo permite, aceptar.

Pero en esta frase, cuyo destino es el bronce de las estatuas, hay también un crudo realismo del presidente. Realismo en constatar las restricciones puestas a la transición y a la justicia por la derecha olvidadiza de sus propias fechorías, por un empresariado inquieto y militares indiferentes ante tamañas atrocidades que fueron conocidas por Pinochet y ordenadas por él. Y si el realismo es crudo, es porque el reconocimiento de límites a la acción propia resulta, en este caso, ofensivo para quienes son doblemente víctimas por parte del Estado. La extrema izquierda de hoy, y el ultrismo romántico de un puñado de intelectuales, en la comodidad de sus escritorios, hacen como si los riesgos que enfrentaba el gobierno de Aylwin eran, a los ojos de hoy, una fantasía. Es más, habría habido una estrategia deliberada de desmovilización por parte del primer gobierno democrático: y es cierto, esa estrategia existió, la que está muy bien documentada en las 113 minutas confidenciales que circularon entre el presidente Aylwin, sus ministros políticos y sus asesores más cercanos. En esa estrategia se recomendaba prudencia, dados los riesgos de desestabilización derivados de exigencias de justicia por familiares y partidos de izquierda. Qué duda cabe: primó la prudencia.

Pero hay que evitar sucumbir al carisma de las minutas. Arlette Farge lo decía muy bien: en todo tipo de archivos “no se dice la verdad, se dicen verdades”. Y la verdad de la desmovilización y de la justicia “en la medida de lo posible” no está en su letra, ni en la interpretación por parte de exégetas: es el resultado, hecho de intuición y sentido de la realidad, de estrategias para salir del paso en un mundo difícil, post-catastrófico, cuya intensidad hemos olvidado. Es eso lo que le es imputable al ex presidente Aylwin, y no un proyecto político en forma que suponía no impartir justicia.

Es por todas estas razones que, entre el realismo y el ultrismo, la frase tendrá siempre mala fama.